

La colonización agrícola en la memoria colectiva de la comunidad judía argentina

Iván Cherjovsky¹

Resumen

La narrativa sobre los pioneros de la colonización agrícola pampeana ocupa un lugar relevante dentro de la memoria comunitaria judeo argentina. Los relatos acerca de esas vidas en las colonias pueden rastrearse desde temprano. En 1910 Gerchunoff publica *Los gauchos judíos*, luego, varios colonos comienzan a contar sus historias en forma de memorias personales, obras de teatro ídish o colecciones periodísticas. Pasados cien años de la aparición del libro de Gerchunoff, hoy asistimos a un pequeño boom de la memoria colona manifiesto en la aparición de museos, de conmemoraciones y de emprendimientos turísticos llevados a cabo en pueblos rurales que guardan el patrimonio de las ex colonias. Movidos por la nostalgia, los descendientes buscan un público al que mostrarle su pasado idílico perdido.

Ambos momentos posibilitan estudiar cuestiones relacionadas con la memoria colectiva. En el primero, tenemos a una minoría étnica inmigratoria que busca legitimarse e integrarse en la sociedad receptora mediante la elaboración de un relato campesino. En el segundo, asistimos a una reescritura de aquél relato: ya no es necesario legitimar a la comunidad judía en el país, y lo que importa es, en la era de la cultura de la memoria, registrar para no olvidar.

¹ Licenciado en ciencias antropológicas (UBA); es docente en la UAI, integrante del Núcleo de Estudios Judíos (IDES) y del Programa “Historia de las relaciones entre estado, sociedad y cultura en Argentina”, de la Universidad Nacional de Quilmes. Actual doctorante en la FFyL de la UBA.

La colonización agrícola en la memoria colectiva de la comunidad judía argentina

1

Dentro de la memoria colectiva comunitaria judeo argentina, ocupan un lugar relevante las aventuras y desventuras de los pioneros de la colonización agrícola que se asentaron en zonas de la frontera pampeana a fines del siglo XIX. Los relatos acerca de esas vidas en las colonias pueden rastrearse desde una época temprana. Ya en 1910, apenas a dos décadas de la llegada de los pioneros, Alberto Gerchunoff publica *Los gauchos judíos*. Luego, a partir de los años veinte, varios colonos comienzan a contar sus historias, ya sea en forma de memorias personales, de obras de teatro ídich o de notas periodísticas. Más tarde, las instituciones comunitarias judías se ocuparán de modelar y transmitir esas representaciones a través de los canales usuales: publicaciones, programas escolares, conmemoraciones, muestras retrospectivas, etc.

Pasados cien años de la aparición del libro de Gerchunoff, hoy asistimos a una suerte de *modesto boom* de la memoria de la colonización judía que se manifiesta en la proliferación de emprendimientos turísticos, en la creación de museos y en la invención de festejos conmemorativos. Los judíos que aún viven en las ex colonias buscan difundir por esas vías su patrimonio histórico, arquitectónico y cultural. Acompañan este fenómeno de la (re)activación de la memoria un puñado de exhibiciones museológicas metropolitanas, la aparición de varios sitios en la web, la filmación de películas documentales y, por qué no, el estreno reciente de algunas películas de ficción del cine nacional.² Todo indica que varios emprendedores³ de esa memoria se encuentran hoy activos, y que, por supuesto, compiten por el usufructo de los réditos simbólicos y materiales.⁴ Más allá del reparto de réditos, está claro que los descendientes de aquéllos colonos, quizá movidos por una suerte de crisis identitaria tardía, quizá por el recuerdo nostálgico de una época dorada en la que sus pueblos fueron centros de vida judía floreciente, buscan hoy un público al que contarle su pasado idílico perdido.

Ambas épocas ofrecen la posibilidad de estudiar varias cuestiones relacionadas con la memoria colectiva, y, siguiendo el modelo de Rousso (1991), podría conjeturarse que ambas muestran lógicas propias.

En primer lugar, si tomamos el período iniciado por Gerchunoff con *Los gauchos judíos*, período cuyo final se puede ubicar de modo difuso durante el primer peronismo, tenemos a una minoría étnica inmigratoria fuertemente estigmatizada que, al contar a la nación su relato campesino, buscará legitimarse ante la sociedad receptora. Interesan en este momento los mecanismos de elaboración de ese relato por parte de una colectividad judía local incipiente, que aun no cuenta con instituciones comunitarias fuertes. Al llamar “memoria colectiva” a ese intento temprano de fijación de sentidos relacionados con la colonización, pensamos en la elaboración de una historia apologética (o, siguiendo a Pierre Nora, totémica⁵), y no en las prácticas cotidianas de grupos vivos que

² Los documentales más difundidos son Legado, De Besarabia a Entre Ríos y Retorno a Avigdor. Las películas ambientadas en las colonias son Sol de otoño, La cámara oscura y Un amor en Moisés Ville, además, claro está, de Los gauchos judíos, de 1974

³ Tomo este concepto de Pollak 2006 y de Jelin 2002

⁴ Estas apreciaciones surgen luego de varias entrevistas con informantes de instituciones de la comunidad judía, más dos años de trabajo de campo en Moisés Ville, consistentes en cuatro o cinco viajes anuales de una semana de duración, además de otras visitas menos frecuentes a Carlos Casares, a Villa Clara y a Villa Domínguez

⁵ Nora 1998

reactualizan periódicamente su tradición⁶. Luego, en el transcurso de la monografía, iremos ampliando esta justificación provisoria. Lo que importa ahora es que nuestro objeto consiste en representaciones colectivas acerca de la colonización en tanto hecho o suma de hechos del pasado (sea reciente o distante), y no en la memoria portada por los colonos pioneros, es decir, sus tradiciones y acervo cultural judeo europeo al momento de ingresar en una nueva vida sudamericana.

En segundo lugar, el boom museológico y turístico actual, surgido a fines de los años ochenta, nos permite atender a una reescritura de aquéllos relatos sobre la colonización. Ya no es necesario legitimar a la comunidad judía en un país que acepta su propia multiculturalidad, y lo que importa es, en la era de la cultura de la memoria, registrar para no olvidar.⁷ Intentaremos, entonces, mostrar cómo el concepto *memoria colectiva* nos ha sido útil a la hora de estudiar la relación de los judíos argentinos con su pasado colono, en el marco de nuestra actual investigación doctoral. Pero, antes de avanzar en el relato, conviene hacer un breve repaso histórico acerca de la colonización y de la inmigración judía.

2

Como es sabido, en el último cuarto del siglo XIX el estado argentino impulsó un plan de modernización del país que preveía, entre otras cosas, la atracción de inmigrantes y el asentamiento de colonos agrícolas en zonas de la frontera agropecuaria.⁸ Una auténtica política de puertas abiertas llevó incluso al presidente Roca a emitir un decreto en el año 1882 por el que la Argentina invitaba formalmente a los judíos que en ese entonces emigraban en masa de la Rusia zarista. En respuesta al llamado de Roca, en agosto de 1889 llegó a Buenos Aires un vapor con unas ciento veinte familias procedentes de la región de Podolia, Ucrania. Superados algunos percances, estos inmigrantes lograron asentarse en la Provincia de Santa Fe, donde fundaron la colonia Moisés Ville.⁹

Aunque muchos de los primeros colonos provenían de zonas urbanas, la mayoría de ellos deseaba fervientemente transformarse en agricultores. Ese deseo tenía sus raíces en el ideal agrario decimonónico, según el cual los judíos debían abandonar su estructura económico-social típica, compuesta por una mayoría de comerciantes, prestadores de servicios y artesanos, para devenir actores sociales productivos. El ideal agrario formaba parte, a su vez, de una serie de transformaciones identitarias a las que se llamó en ese entonces *normalización*, y que se relacionaba con la integración de los judíos en los países europeos modernos. De acuerdo con la normalización, los judíos debían asimilarse culturalmente a las sociedades que los emancipaban, esto es, reemplazar el ídish por la lengua nacional, abandonar los sentidos de pertenencia al antiguo o futuro estado de Israel y enviar a sus hijos a las escuelas en las que se impartía la enseñanza oficial secular. Entre otros tantos cambios más, también debían productivizarse económicamente mediante la industria y la agricultura. En términos sociológicos, la normalización formó parte de los planes de homogeneización cultural impulsados por los estados europeos decimonónicos. El movimiento iluminista judío, la *haskalá*, hizo propio este discurso, difundiénolo en las comunidades del este de Europa.¹⁰

⁶ Esta concepción, en cambio, sería más cercana a la del historiador Y H Yerushalmi.

⁷ Tomo la idea de que existe una cultura de la memoria en la posmodernidad de Huyssen, 2001

⁸ Ver al respecto, entre otros, Devoto 2003

⁹ Lewin 1974, Mirelman 1983 y Avni 1983

¹⁰ En el este vivía la mayor concentración de comunidades judías del mundo. Sobre la emancipación y la normalización de los judíos en el siglo XIX, me baso en Karady 2001, Caron 1989 y Katz 1975 y 1978

Aquellas ciento veinte familias, entonces, arribaron al centro de la Provincia de Santa Fe y fundaron la colonia Moisés Ville. Esta novedosa experiencia judía en un país sudamericano llamó la atención de la prensa hebrea europea y de algunas instituciones filantrópicas comunitarias. De esa suerte, la noticia llegó hasta el barón Mauricio de Hirsch, un judío alemán multimillonario involucrado con la problemática de sus correligionarios de la Rusia zarista, víctimas en ese entonces de olas de violencia y empobrecidos por el ingreso reciente del capitalismo en la región.¹¹ Inspirado en el caso Moisés Ville, Hirsch creó la Jewish Colonization Association (JCA), empresa étnica de gran importancia durante las primeras décadas de vida judía en la Argentina. La JCA se propuso como principal objetivo asentar en colonias de la pampa a tres millones de judíos del este de Europa, es decir, a un tercio de la población judía mundial de entonces. Se trataba de un proyecto filantrópico e ideológico a la vez, en tanto proponía una solución liberal-iluminista para el problema judío, consistente en la integración en países tolerantes que conllevaba, como vimos, cierto grado de aculturación (aunque, cabe la aclaración, la *haskalá* no bregaba por la asimilación identitaria completa ni por la conversión religiosa, sino que impulsaba un uso privado de la identidad étnica y uno público de la identidad nacional). Pero, pese a que contaba con abundantes capitales propios, la JCA encontró obstáculos que hicieron zozobrar su proyecto, y luego de varios reveses solo logró colonizar a treinta mil personas, es decir, al uno por ciento de los tres millones imaginados. Más allá de este fracaso cuantitativo, la colonización fue exitosa en varios aspectos. No sólo porque impulsó la inmigración judía al país, que cuenta con la mayor comunidad de Latinoamérica, sino también porque la existencia de las colonias permitió a esta minoría étnica legitimarse ante la sociedad mayoritaria. Así, durante la primera mitad del siglo XX, ante distintas manifestaciones de antisemitismo, los judíos de la Argentina encontraron un argumento a favor de su pertenencia y aporte al país en la existencia de esa base productiva que trabajaba la tierra, *que abría el surco* en zonas yermas, y que había adoptado las costumbres del ser nacional, el gaucho.

La JCA fundó más de quince colonias en las provincias de Entre Ríos, Santa Fe, Buenos Aires, La Pampa y Santiago del Estero. Como ya dijimos, en el pico máximo de poblamiento llegaron a vivir en ellas unos treinta mil judíos, entre los que deben contarse no sólo a los colonos y sus familias, sino también a un importante número de trabajadores, maestros, profesionales, etc. Ese momento de auge demográfico abarca la casi totalidad de las décadas de 1920 y 1930. Luego, a partir de los años cuarenta, comienza un veloz proceso de urbanización. Los agricultores, ahora capitalizados, envían a sus hijos a estudiar a las ciudades, donde las posibilidades de ascenso económico, de integración social en capas de la clase media y de participar en la aventura de la “carrera abierta al talento” harán el resto. La modernidad, al fin y al cabo, terminó siendo más atractiva que aquel impulso ideológico agrarista de fines del siglo XIX.¹²

En la actualidad, aun viven unos cientos de judíos en los pueblos de las ex colonias. Muchos de ellos se dedican todavía a la actividad agropecuaria, y algunos conservan incluso los campos de sus antepasados. Por ejemplo, en Moisés Ville, la colonia pionera, existe una comunidad afiliada a la red federal de comunidades que tiene centro en la AMIA. Las doscientas cincuenta personas que la conforman (el diez por ciento de la población local) mantienen aun la sinagoga, una biblioteca pública, el hospital, la escuela judía complementaria y una sala de teatro. A fines de la década del ochenta un grupo de vecinos abrió un museo en el que se narra la historia de los pioneros. Luego el

¹¹ Sobre la hipótesis de la influencia del ingreso tardío del capitalismo en la Rusia de los Zares en la emigración masiva de judíos, ver León 1975. Sobre el Barón Hirsch, ver Frischer 2004

¹² Ver Avni 1983, 1983 (2) y 1990

museo fue creciendo, su directora se recibió de museóloga, se sumó más gente y, hoy, con sus instalaciones ampliadas, es el centro de la actividad cultural del pueblo. El museo impulsa proyectos educativos, publica libros y tiene un archivo histórico en el que se cumplen las normas estandarizadas de conservación del material. Pero la inquietud por la memoria fue más allá del museo. Moisés Ville, declarado Pueblo Histórico por el gobierno nacional en 1999, se ofrece como lugar de interés turístico donde se puede recorrer los campos y ranchos de los primeros colonos, las sinagogas, los cementerios y los demás edificios que conforman el patrimonio arquitectónico, algunos de los cuales reciben fondos públicos para su mantenimiento. Esta experiencia se repite en otros pueblos y ciudades derivados de las colonias judías, como Carlos Casares, Médanos, Villa Domínguez, Basavilbaso, Rivera y Villa Clara. El fenómeno actual de la memoria de la colonización se manifiesta además en las fiestas locales que reúnen durante un fin de semana al año a miles de ex residentes dispersos por el país y por el mundo. Esto nos lleva directamente a pensar en la memoria de la colonización, en sus contornos y en su encuadre teórico conceptual.

3

Recapitulando lo dicho hasta aquí, podemos convenir en que hay dos momentos diferenciados a la hora de recortar nuestro tema. Uno se presenta como un objeto de investigación histórico: la construcción, durante la primera mitad del siglo XX, de una memoria colona como argumento legitimante y a la vez aglutinante; el otro es etnográfico: el boom turístico, nostálgico y museológico actual.

Lo primero a tener en cuenta es que, al construir nuestro objeto, y esto vale para sus dos momentos, hemos optado por enfocarlo como una memoria étnica. El pasado colono debe entenderse, según este punto de vista, como una de las representaciones dominantes en la construcción de una memoria étnico-comunitaria judeo argentina. Hablar de una memoria étnica implica prestar especial atención a los actores pertenecientes al grupo, esto es, tanto a las instituciones judías como a aquéllos individuos que han activado la memoria motivados por sentidos de pertenencia, y que pueden ser, entre otros, escritores, colonos, intelectuales, cineastas, productores del mundo mediático, gestores culturales, museólogos o bien gente involucrada que arma sitios de Internet. Esta decisión nos lleva a trabajar, en alguna medida, por fuera de los dos campos de investigación más transitados en los estudios de memorias colectivas, a saber, el del trauma y el de la nación.

En efecto, a contrapelo de lo que podría pensarse a priori sobre una memoria judía, este caso no se relaciona con hechos traumáticos. Aún cuando contiene algunos elementos espinosos, como el recuerdo de los pogroms en la Rusia zarista, o el de los conflictos entre los colonos y la JCA, la memoria de la colonización no se presenta ni como tragedia ni como experiencia dolorosa. La representación dominante es, en cambio, la de una *epopeya* ligada a la génesis de la comunidad. Esa *epopeya* fue llevada a cabo por los colonos, considerados *pioneros* de la inmigración, cuyas experiencias de productivización económica e integración social en la pampa devinieron un factor central en la atracción de judíos europeos dudosos de asentarse en un país remoto, católico y con un pasado inquisitorial. Este hecho, sumado a la idea de que quienes emigraron de Europa se salvaron más tarde del nazismo, coloca a la memoria de la colonización en un plano muy distinto, casi opuesto, al de las memorias traumáticas.

Tratándose de una memoria étnica, nuestro caso tampoco se inscribiría dentro de la otra área de mayor desarrollo en los estudios de memoria, el de la nación. Pero esta afirmación es, cuanto menos, dudosa, y requiere de una argumentación. En efecto, aquí podría caber un reproche: ¿por qué no enfocar nuestro objeto como un relato que forma

parte de la memoria nacional? Después de todo, existe una dimensión nacional de la memoria de la colonización. La novela *Los gauchos judíos*, por ejemplo, fue celebrada por la elite intelectual del Centenario, luego se incorporó a los programas escolares como material de lectura y más tarde irrumpió como éxito de taquilla en su versión cinematográfica de los años setenta. Encontramos esta hipotética objeción correcta. De hecho, aún cuando no sea el tema central, la dimensión nacional forma parte de nuestro campo de interés. Sin duda, el Estado resultó un modelador activo de esa memoria. A veces amistoso, a veces hostil, pero siempre presente, dialogó y negoció con los actores étnicos. Por poner un par de casos, durante la década de 1910, mientras la intelectualidad vernácula celebraba la aparición de *Los gauchos judíos*, el Consejo Nacional de Educación presionó a la JCA para que ésta le cediera su red de más de setenta escuelas rurales, de modo de asegurarse la adecuada argentinización de los hijos de los colonos. Mucho más tarde, políticas públicas surgidas a partir del giro multiculturalista han alentado la visibilidad de las minorías en el país, y durante el gobierno de De La Rúa, el Ministerio de Turismo y Deportes lanzó el programa *Shalom Argentina, huellas de la colonización judía*, destinado a la puesta en valor del patrimonio de la colonización. El proyecto incluyó una muestra en el Palais de Glace de Buenos Aires y la edición de una guía bilingüe español-inglés que propone recorridos turísticos por las ex colonias.

Por otra parte, encontramos algunas similitudes entre nuestro objeto y el enfoque usado en el estudio de la memoria nacional (francesa) por Pierre Nora que nos llevan a pensar que parte del andamiaje conceptual proveniente de dicho campo podría ser aplicado al nuestro. La primera de ellas es que existen instituciones (en este caso, comunitarias) que impulsan y regulan la elaboración, fijación, selección y transmisión de esa memoria. Esto es lo que Rousso y Pollak llaman “trabajo de encuadramiento”.¹³ La segunda es que los soportes materiales de esa memoria son parecidos a los de la nación: literatura apologética, conmemoraciones, monumentos, proyectos patrimoniales, ediciones de libros de homenaje, cine, utilización de la red escolar judía, turismo cultural y muestras museológicas. Esas manifestaciones, a las que Nora llama “lugares de la memoria”, conforman un soporte empírico adecuado y basto para construir los datos que sustentan nuestras interpretaciones. En esa misma línea, adscribimos a la definición de memoria colectiva de autores como Nora y Rousso. Para éste último, la memoria colectiva puede definirse como “un conjunto de manifestaciones que no sólo revelan, hacen ver, leer o pensar la presencia del pasado (en nuestro caso, la de un acontecimiento particular, pero la definición vale igualmente para estructuras perennes), sino que tienen la función de estructurar la identidad del grupo o de la nación, y por ende, de definirlos en tanto tales y distinguirlos de otras entidades equiparables.” (Rousso 1991: 6)

4

Esta definición, que presenta a la memoria y a la identidad como variables interdependientes, nos permite pensar que, especialmente en la primera etapa mencionada (1910-1950), la activación comunitaria de una memoria colona guardó estrecha relación con al menos dos aspectos centrales en la vida del grupo.¹⁴ Nos

¹³ Pollak 2006: 25

¹⁴ Esa primera etapa experimentará un reforzamiento durante las décadas del treinta y del cuarenta, cuando, motivados por el advenimiento del ideario nacionalista católico en el país, y por el avance del nazismo en Europa, un grupo de cooperativistas agrarios decide ya no sólo apelar a la memoria, sino

referimos, como ya anticipamos, a la provisión de elementos simbólicos y discursivos que aportaron a su legitimación ante la sociedad mayoritaria, pero también al reforzamiento interno de la identidad judía, entendida a la sazón por varios actores como un asunto en riesgo. Pero este desdoblamiento en intereses internos y externos debe ser complejizado.

Lo primero a considerar es que la construcción de un relato prístino sobre el origen de su asentamiento en el país aportó a la legitimación de los judíos ante un entorno a veces permeable a discursos antisemitas.¹⁵ Entre esos discursos, ocuparon un lugar central la acusación de doble pertenencia (judía y argentina) y el ya mencionado estigma de la improductividad. En esa misma línea, la pureza del origen campesino intentaba borrar de la memoria a los tratantes de blancas de la mafia judía polaca, que actuó encubierta bajo el velo de la Sociedad Israelita de Socorros Mutuos Varsovia hasta la década del treinta.¹⁶

Hacia el interior del grupo, la memoria de la colonización aportó un elemento aglutinante para la elaboración de una identidad doble (o híbrida) judeo argentina, ya que, a diferencia de lo ocurrido en otros países de la diáspora —y los de Latinoamérica son un buen ejemplo¹⁷—, en la Argentina los judíos se integraron rápidamente a la sociedad nacional, por lo que las colonias resultaron un escenario ideal para teatralizar la fusión identitaria. Importa resaltar aquí que la memoria de la colonización no fue, de ninguna manera, un relato que rivalizara con la pertenencia a la nación argentina, sino un esfuerzo por presentar esa dualidad como algo real y posible, aun en momentos en que la política acrisoladora planteaba un modelo de país asimilacionista monocultural. Cuando, en 1939, las colonias celebraron su cincuentenario, rindieron culto a la patria erigiendo bustos de homenaje a San Martín, organizando jineteadas criollas y asados, y dando otras muestras sinceras de argentinidad. En este sentido, las representaciones memorialistas pueden ser interpretadas como elementos tendientes a la articulación entre una identidad étnica y otra nacional, antes como un acto de resistencia.¹⁸

Al hablar de un relato prístino y puro pensamos en el trabajo de encuadramiento de la memoria colona, trabajo que modeló una versión edulcorada, romántica y exenta de conflictividad interna. Esa versión se vio cuestionada cuando el colono y escritor Marcos Alpersohn publicó sus memorias con el título *Colonia Mauricio: treinta años de colonización judía en la Argentina*. En sus tres tomos escritos en ídish, Alpersohn denuncia a varios funcionarios de la JCA por corrupción y maltrato, y describe el sometimiento de los colonos a las arbitrariedades de la compañía. Esta publicación fue seguida de otras memorias de colonos que criticaban a la JCA y que ponían en duda el relato políticamente correcto.¹⁹ Esto nos lleva a proponer la existencia de al menos dos memorias contrapuestas. En la versión predominante, acuñada por Gerchunoff y luego amplificadas por otros escritores y por distintas elaboraciones memorialistas institucionales, las colonias son el escenario idílico de la fusión de la identidad judía con

poner la colonización nuevamente en acto, para lo cual lanza un proyecto de colonización suburbana con el fin de aumentar el número de agricultores judíos.

¹⁵ Sobre el antisemitismo en Argentina hasta la primera mitad del siglo XX, ver Lvovich 2003

¹⁶ Sobre La Varsovia, luego denominada Swi Migdal, ver Lewin 1974 y Mirelman 1983

¹⁷ Ver al respecto Laikin Elkin 1998

¹⁸ La representación que predomina en esos relatos e historias fue inaugurada por Alberto Gerchunoff en 1910. En ella se exhibe a inmigrantes que buscan redimirse de su pasado oprobioso en la Rusia zarista por vía de la productivización agrícola, y a las colonias como lugares acrisoladores, donde los judíos urbanos de Europa del este se argentinizan por vía de la tradición gauchesca y bajo el influjo del paisaje rural. Tomo estas ideas sobre la obra de Gerchunoff de Senkman, 1983 y 1909

¹⁹ Nos referimos, entre otras, a las memorias de Cociovich, Garfunkel y Marchevsky, cuyos datos de publicación figuran en la bibliografía de este trabajo

la identidad argentina.²⁰ En la versión crítica, en cambio, más allá de su permeabilidad a los intereses individuales e ideológicos de sus autores, se develan problemas internos y externos, y en especial la trama del conflicto con los funcionarios de la JCA. Creemos que este otro relato, de menor difusión y escasa visibilidad, puede ser considerado una memoria subterránea de la colonización.²¹ El hecho de que el relato apologético y mitológico fuera escrito en general en forma de ficción, y en idioma español, mientras que el relato crítico se apoyara en memorias personales no ficcionalizadas, escritas en ídish, es un indicador importante. Aquí las formas tienen algo que decirnos acerca de los contenidos.

Entre los años cincuenta y setenta comienza a insinuarse la segunda etapa, cuya característica sobresaliente es el sentimiento de nostalgia por el abandono de los campos. En los sesenta, algunos investigadores relevan las colonias y sus instituciones judías (educativas, políticas, sociales, culturales y deportivas), y se preguntan por qué los hijos de los colonos se han mudado a las ciudades. Luego, en los setenta, las instituciones comunitarias comienzan a recopilar archivos orales con testimonios de los *últimos* colonos. El sentimiento de pérdida o de epílogo continúa hasta el presente, y se ha ido acentuando en las dos últimas décadas, al acelerarse la despoblación y al quebrar la mayoría de las cooperativas agrarias judías, *últimos baluartes* de la colonización.²² A fines de los ochenta comienzan a armarse los primeros museos en las ex colonias y, ya en los noventa, comisiones de vecinos impulsan la patrimonialización de sinagogas, cementerios y teatros, a la vez que desarrollan emprendimientos turísticos. A esa nostalgia debemos sumarle una disputa actual entre vecinos judíos y no judíos por la identidad local, surgida a partir de la reversión demográfica en las ex colonias (es decir, desde que los judíos pasaron de ser la gran mayoría a conformar una pequeña minoría, poseedora, no obstante, de un importante capital simbólico y material). En este momento entran en juego otros intereses. En primer lugar, ya no se trata de defender y reafirmar los sentidos de pertenencia de los judíos argentinos a la nación, sino de hacer más visible la memoria de la colonización y de insertarla, quizás, en una memoria nacional. En segundo lugar, hay una competencia por los réditos de activar la memoria, ya sea en forma de un incremento en el flujo turístico a distintos pueblos que compiten entre sí, o bien como capital simbólico que alimenta el prestigio de los emprendedores.²³

5

A pesar de tratarse de un caso que no parece corresponder a los campos más transitados por los estudios de memorias colectivas, creemos que el análisis de la memoria de la colonización puede aportar material novedoso a la historia de los judíos en el país, historia, hasta el momento, fragmentaria y sin duda en construcción. El enfoque conceptual que hemos presentado proviene de distintos autores, pero se encuentra, como vimos, mucho más cercano al de las memorias nacionales que al del trauma o al de las memorias de grupos vivos. Además, por supuesto, esperamos contribuir con nuestro trabajo, aunque sea mínimamente, al campo de la memoria de otros grupos étnicos o inmigratorios, área que hasta ahora ha sido poco desarrollada.

²⁰ Nos apoyamos aquí en la lectura del libro de Gerchunoff y en el análisis de esta obra de Senkman 1983 y 1999

²¹ Pollak 2006

²² Algunas de esas cooperativas, como Fondo Comunal, de Villa Domínguez o La Mutua, de Moisés Ville, habían liderado el movimiento cooperativista agrario a nivel nacional a comienzos del siglo XX

²³ Por ejemplo, Moisés Ville se vio afectada en el flujo turístico cuando se terminó el puente Zárate Brazo Largo, que posibilita llegar a las colonias entrerrianas en apenas cuatro horas, contra las siete que lleva el viaje a Moisés Ville. Siempre partiendo desde Buenos Aires

Bibliografía

- Alpersohn, Marcos 1992 *Colonia Mauricio. Treinta años en la Argentina. Memorias de un colono judío* (Carlos Casares: "Comisión centenario de la colonización judía en Colonia Mauricio")
- Avni, Haim 1983 *Argentina y la historia de la inmigración judía* (Buenos Aires: Editorial Universitaria Magnes)
- 1983 "Agricultura judía en la Argentina, ¿éxito o fracaso?", en *Desarrollo Económico* (Buenos Aires) v. 22, N° 88
- 1990 "El proyecto del Barón Hirsch: La gran visión y sus resultados" en *Indice* (Buenos Aires) número 3, segunda época.
- Caron, Vicki 1989 "The Ambivalent Legacy: The Impact of Enlightenment and Emancipation on Zionism" en *Judaism*, issue 152, vol 38, N° 4.
- Cocciovich, Noé 1987 *Génesis de Moisés Ville* (Buenos Aires: Milá)
- Devoto, Fernando 2003 *Historia de la inmigración en la Argentina* (Buenos Aires: Sudamericana)
- Frischer, Dominique 2004 *El Moisés de las Américas. Vida y obra del barón de Hirsch* (Buenos Aires: El Ateneo)
- Garfunkel, Boris 1960 *Narro mi vida* (Buenos Aires: edición familiar)
- Huyssen, Andreas 2001 *En busca del futuro perdido* (Fondo de cultura económica)
- Jelin, Elizabeth 2002 *Los trabajos de la memoria* (Madrid: Siglo XXI)
- Karady, Victor 2000 *Los judíos en la modernidad europea* (Madrid: Siglo XXI)
- Katz, Jacob 1975 "La emancipación y los estudios judaicos" en *Dispersión y Unidad* (Jerusalén) n° 15
- 1978 *Out of the Getto. The social Background of Jewish Emancipation 1770-1870* (New York: Schocken Books)
- Laikin Elkin, Judith 1998 *The Jews of Latin America* (New York: Colmes & Meier)
- León, Abraham 1975 *Concepción materialista de la cuestión judía* (Buenos Aires: El yunque)
- Lewin, Boleslao 1974 *Cómo fue la inmigración judía en la Argentina* (Buenos Aires: Plus Ultra)
- Lvovich, Daniel 2003 *Nacionalismo y antisemitismo en la Argentina* (Buenos Aires: Javier Vergara Editor)
- Marchevsky, Elías 1964 *El tejedor de oro* (Buenos Aires: Bastión)
- Mirelman, Victor 1998 *En búsqueda de una identidad. Los inmigrantes judíos en Buenos Aires 1890-1930* (Buenos Aires: Milá)
- Nora, Pierre, 1998 "La aventura de *Lieux de mémoire*" en Cuesta Bustillo, J., *Memoria e Historia* (Madrid: Marcial Pons)
- 1984 "Entre memoria e historia. La problemática de los lugares", en *Lieux de Mémoire I: La République* (París: Gallimard)
- Pollak, Michael 2006 "Memoria, olvido, silencio" en *Memoria, olvido y silencio* (La Plata: Al Margen)
- Rouso, Henry 1991 "Pour une histoire de la mémoire collective: l'après Vichy" en Peschansky, Pollak y Rouso (eds.) *Histoire politique et sciences sociales* (París: Complexe)
- Senkman, Leonardo 1983 *La identidad judía en la literatura argentina* (Buenos Aires: Pardes)
- 1999 "Los gauchos judíos: una lectura desde Israel" en EIAL (Jerusalén), Volumen 10, N° 1